

Europa después de Ucrania: un momento caracterizado por la gestión inmediata de emergencias

Máriam Martínez-Bascuñán Ramírez

Profesora de Ciencia Política, Universidad Autónoma de Madrid

He preparado una ponencia que trate de estar lo más conectada posible al momento y, a la vez, que mire al futuro de Europa, que es el tiempo que pertenece a los jóvenes. Y trataré al final de dar algunas claves para orientar ese futuro. Espero que sea de interés para este foro.

Dejadme que empiece con una obviedad: mi generación y la vuestra no había vivido nunca una sacudida tan impactante como una guerra. Eso se decía. Ahora ya tenemos la experiencia de la pandemia, posiblemente el suceso que más va a impactar nuestra vida, y también una guerra en nuestro continente, aunque la guerra no la estamos viviendo desde el terreno.

Hay algo todavía más fuerte que ya estamos experimentando y que tiene que ver con el cambio climático. Lo estamos viviendo hoy, con este calor. Vemos cómo se derriten los glaciares y cómo el calor llega a todos los rincones del continente haciendo irreconocibles los paisajes.

Voy a tratar de reflexionar especialmente sobre Europa después de Ucrania y ver cómo está cambiando el orden global y qué deberes nos deja, os deja, para el futuro.

El año 2020 ha estado marcado por varias crisis: la más importante es la crisis de la COVID, después llegaría la guerra de Putin contra Ucrania. Y a esto hay que sumar lo que podríamos denominar desafíos estructurales: el cambio climático, la lucha contra la desigualdad, la seguridad y la transformación digital.

Crisis mezcladas con transiciones profundas y estructurales que cambiarán nuestra vida e incluso tendrán repercusiones antropológicas. Bien, tanto la crisis climática como la tecnológica: cambiarán nuestro imaginario, nuestra representación del mundo y nuestra manera de estar en el mundo.



A nivel interno: la apuesta de la UE ha sido la de la solidaridad y la cooperación. Fondos europeos, como semilla de un posible brazo fiscal de la UE que se deberá debatir este año. Y también centralización de la distribución de la vacuna: como algo inédito en el mundo.

La pandemia no ha frenado la agenda verde, sino que la ha acelerado, porque ha forzado la movilización de recursos como los fondos europeos, que se están orientando a transformaciones verdes y digitales en todo el continente. Además, la guerra en Ucrania ha puesto de relieve lo tóxica que es la dependencia de las energías fósiles no solo por razones medioambientales, sino también en términos de vulnerabilidad de la democracia. ¿Queremos continuar dependiendo del Golfo o de Rusia?

La guerra de Ucrania va a acelerar nuestra transición ecológica, con el horizonte puesto en tener un 45% de energía renovable en 2030, porque la acción climática y la geopolítica se dan la mano. Es curioso porque después de la caída del Muro de Berlín fue la economía la que determinó la geopolítica y ahora es la geopolítica la que está determinando la economía.

Volvemos al nivel interior. Es importante también que esta experiencia pandémica ha ayudado a fortalecer y estructurar una Europa política. La emergencia sanitaria ha sido un factor federalizante. La pregunta es si lo está siendo la Europa de la defensa.

¿Puede Ucrania ser un factor federalizante? Mi impresión es que ya ha aparecido a nivel interno una escisión. Y a nivel externo, la Unión Europea vuelve a ser arrastrada por la acción de la OTAN en política de seguridad.

La cumbre de la OTAN supuso un primer paso significativo para sumarse a la pugna por la supremacía mundial que EEUU mantiene con China. El giro hacia

el Pacífico coloca a la OTAN, y de paso a Europa, en una posición de creciente rivalidad con el gigante asiático. Esto es una perspectiva inquietante para Bruselas y Berlín, por tratarse del mayor socio comercial de la Unión Europea y de Alemania, pero que se acepta como inevitable.

La guerra de Ucrania despierta heridas y diferentes enfoques en los países europeos. Es verdad que hay una mejor gestión cuando Europa afronta una crisis. Lo hemos visto en la pandemia, especialmente en la respuesta económica que ha permitido que, por primera vez, emitamos de forma masiva deuda conjunta y un plan de inversiones, los fondos Next Generation, que son básicamente una herramienta para compactarnos y apostar por nuestro futuro de forma conjunta. Lo vimos también en la compra de vacunas, porque, en el caso de que los 27 hubieran comprado de forma separada, habría sido los juegos del hambre. Y también lo vemos en materia de política exterior y seguridad con Ucrania, con seis paquetes de sanciones muy agresivos frente a Rusia.

Es verdad que la unidad europea había sido ejemplar desde el comienzo de la guerra en Ucrania y el alcance de las medidas tomadas contra Rusia no tenía precedentes. Ante el regreso de la guerra al continente, librada en su forma más brutal y bárbara por un agresor que además es potencia nuclear y miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, los europeos aguantaron bien. Aparte de la Hungría de Viktor Orban, que, marginándose un poco más, ha tratado de aprovecharse de la situación para sacar concesiones, pero en general ningún país de los Veintisiete se ha retirado de la solidaridad con Ucrania. La unidad de las democracias occidentales, expresada durante las reuniones del G7, también ha sido inquebrantable.

Sin embargo, en el Foro Económico de Davos celebrado a fines de mayo, los famosos nonagenarios estadounidenses George Soros y Henry Kissinger, ambos sobrevivientes del nazismo, encarnaron una diferencia de apreciación que yo veo en la división que se ha producido en Europa tras la guerra de Ucrania y que enfrentaría a la nueva Europa con la vieja Europa: para Soros, la guerra en Ucrania es la lucha existencial de la democracia contra el totalitarismo, por lo que se debe hacer todo, hasta el final, para ganarlo; Kissinger es menos ideológico: a sus ojos, Rusia no puede ser borrada del mapa, debe aceptarse que toda paz duradera debe concluirse con ella.

Es evidente que de la geografía no se puede escapar. Europa es vecina de Rusia y debería ser capaz de perseguir una buena vecindad. Nuestros problemas no son con Rusia, son con Putin, y también hay que señalarlo. Hoy la arquitectura de seguridad europea se ha visto rota tras la invasión de Ucrania por parte del Kremlin y parece muy difícil poder reconstruirla con Putin. A medio plazo se necesitaría algo parecido a los acuerdos de Helsinki y eso, con alguien que ha demostrado su capacidad para una lógica del derecho de conquista propio de la Segunda Guerra

Mundial, se hace muy complicado, pero no quita que el objetivo a largo plazo sea mantener una lógica de buena vecindad.

Kissinger nació en Alemania, de donde tuvo que huir en 1938, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Encarna esa posición hoy: Alemania, Francia e Italia son los principales países que defienden esta línea realista. George Soros nacido en Budapest, se junta con aquellos que proceden de la parte de Europa que estuvo ocupada por la Unión Soviética hasta 1989. Los polacos y bálticos, en primera línea, denuncian con vehemencia la vacilación de Berlín y la renuencia del canciller Olaf Scholz a entregar armas pesadas a Ucrania; consideran la insistencia del presidente Emmanuel Macron en el contacto telefónico con Vladimir Putin como una precapitulación y lo acusan de querer empujar al presidente Volodymyr Zelensky a concesiones territoriales para acelerar el final de la guerra.

La nueva Europa ve justificada su histórica desconfianza hacia Rusia por el atentado del 24 de febrero. La perspectiva de la ampliación de la OTAN a Finlandia y Suecia, luego de la eventual adhesión de Ucrania y Moldavia a la UE, le permite vislumbrar un cambio en el centro de gravedad de Europa del Este: esta es la esperanza de Polonia.

Por el contrario, la “vieja Europa” está desestabilizada por este conflicto. La visión de “cambio a través del comercio” que dominó la política exterior alemana posterior a la Guerra Fría se ha derrumbado y Olaf Scholz está luchando por definir la “nueva era” que anunció el 27 de febrero.

Para Berlín y París, el hecho de que esta guerra oponga una dictadura a una democracia joven y la obligación de la victoria de esta última no puede hacerlos olvidar que al final el continente europeo tendrá que encontrar una forma de estabilidad. ¿Cómo? El politólogo Michael Doyle ha hablado de una nueva “paz fría” que suponga una serie de acuerdos que garanticen la estabilidad y un orden internacional basado en el cumplimiento de las reglas. Si de verdad queremos ser ejemplo normativo, debemos empezar por velar por la salud interna de nuestras democracias. Pero, además, Doyle señala algo interesante: la Unión Europea y la OTAN, organizaciones democráticas, han salido en defensa de Ucrania, un estado democrático, y esta solidaridad refleja la importancia que tiene para ellos el derecho a la autodeterminación.

Rusia, un régimen autocrático, es apoyada por China, otro régimen autocrático.

Pero el mundo es más complejo que eso: muchos otros estados, especialmente los estados en desarrollo, aspiran a la neutralidad; están más preocupados por las necesidades materiales de sus poblaciones y preocupados por los costos que podría tener para ellos la intimidación de uno u otro bloque.

No hay que equivocarse en la lucha: la unidad que afecta a Rusia no es la de Occidente, es la del resto del mundo. Desde África hasta Asia, pasando por América Latina, se amplía el campo de países que no quieren elegir entre los

occidentales y Rusia. La unidad occidental redescubierta frente a la agresión rusa en Ucrania va de la mano de una relativa pero muy real soledad, que va creciendo con la instalación de la guerra a lo largo del tiempo.

El objetivo de las sanciones económicas occidentales es convertir a la Rusia de Putin en un estado paria. Pero lo que está pasando es que la economía rusa se está “desoccidentalizando”, o se está “desglobalizando”, porque está desarrollando sus intercambios con estos países “ni-ni”. Lo que quiero decir es que si en el norte las voces disidentes son escasas, en el sur son cada vez más numerosas ante el riesgo de una crisis alimentaria.

Entonces tenemos que los países intermedios son uno de los principales objetivos de propaganda de la diplomacia rusa. En Oriente Medio, incluso algunos de los más fieles aliados de Estados Unidos, empezando por Arabia Saudí o los Emiratos Árabes Unidos, rechazan las sanciones y quieren mantener abierto el canal de comunicación con Moscú. Israel es igualmente cauteloso. En América Latina, Putin puede contar con el apoyo de los regímenes vasallos de Cuba y Venezuela, pero la mayoría de los líderes moderados de izquierda, en el poder o en la oposición, y también algunos de derecha, acusan a Estados Unidos de ser también, incluso el principal, responsable de la guerra. Esto tiene que ver con el problema de enmarcar el conflicto como una cruzada entre democracias y autocracias y con la soledad de Occidente.

Así lo manifestó Joseph E. Stiglitz:

Parece que Estados Unidos ha iniciado una nueva guerra fría con China y Rusia a la vez. Y el Gobierno estadounidense la presenta como una confrontación entre la democracia y el autoritarismo, lo cual resulta sospechoso, sobre todo cuando esos mismos líderes cortejan activamente a un violador sistemático de los derechos humanos como Arabia Saudí. Esta hipocresía hace pensar que, al menos en parte, lo que está en juego aquí es la hegemonía global más que una cuestión de valores.

No sé si EEUU está para dar lecciones de democracia: las desastrosas guerras en Oriente Próximo, el derrumbe financiero de 2008, el aumento de la desigualdad y otras crisis parecieron poner en duda la superioridad del modelo económico estadounidense. Además, sumando la victoria electoral de Donald Trump, el asalto al Capitolio, las numerosas matanzas y los intentos de supresión de votantes por parte del Partido Republicano son pruebas más que suficientes para pensar que algunos aspectos de la vida política y social de Estados Unidos se han vuelto profundamente patológicos. Sus aliados naturales son Europa y las otras democracias desarrolladas de todo el mundo. Pero Trump hizo todo lo posible por alejarlas, y los republicanos (que todavía están completamente atados a él) han dado amplios motivos para dudar de que Estados Unidos sea un socio fiable. Y, además, Washington tiene que ganarse también la buena voluntad de miles de millones de personas en los países en desarrollo y emergentes.

Tenemos que ofrecer a los países en desarrollo y emergentes ayuda concreta, comenzando con la suspensión de derechos de propiedad intelectual sobre todo lo relacionado con la COVID-19, para que esos países puedan fabricar vacunas y tratamientos por sí mismos. Occidente debe lograr que su sistema económico, social y político vuelva a ser la envidia del mundo.

En Estados Unidos, el primer paso es reducir la violencia con armas de fuego, mejorar la regulación ambiental, combatir la desigualdad y el racismo y proteger los derechos reproductivos de las mujeres. Hasta que no hayamos demostrado que merecemos liderar, no podemos esperar que otros nos sigan.

En Europa, señalaba muy bien el camino Piketty:

¿Podrá Europa redefinir su lugar en el orden geopolítico global? Con la invasión de Ucrania por Rusia y el aumento de las tensiones con China, las circunstancias le obligan a hacerlo, pero surgen dudas. Digámoslo de inmediato: debemos mantener el vínculo con Estados Unidos, pero a condición de que ganemos en autonomía y salgamos del egoísmo y la arrogancia que con demasiada frecuencia caracterizan el discurso atlántico y occidental frente al resto del mundo. Europa nunca ha sido tan rica. Tiene más que nunca los medios y el deber histórico de promover otro modelo de desarrollo y distribución de la riqueza, más democrático, más igualitario y más sostenible. De lo contrario, la nueva alianza occidental no convencerá a nadie en su autoproclamada cruzada contra las autocracias y el imperio del mal.

¿Cómo afecta esto a Europa? La potencial crisis tiene enormes consecuencias para nuestra seguridad o nuestro abastecimiento energético, desnuda las debilidades estructurales de la Unión y nos recuerda las dificultades europeas para hablar el lenguaje geopolítico.

Bruselas, de la mano de Berlín y empujada por el sur, leyó bien los riesgos del malestar social que podía incubar la pandemia, y por ello, ha decidido compactarse con una embrionaria carcasa fiscal que toma forma de Fondo de Recuperación, clave para la reactivación económica e incomprensiblemente saboteado en España por la oposición conservadora. Esos recursos buscan orillar el descontento y cabalgar los cambios digitales y la descarbonización.

Ucrania es una muestra de los peligros que deberá abordar una Unión que pretende darse un impulso federal a través de la pandemia. Pero no es el único: las frágiles cadenas de suministros, la gestión de la elevada inflación o la batalla por renovar nuestras inaplicables normas fiscales se deben añadir a la cesta de posibles contingencias. Con todo, algunas lecciones en este tiempo de aceleración debiéramos ser capaces de extraer:



1. Mayor integración.

Creo que tenemos que ser capaces de actuar como bloque en el mundo y tenemos áreas donde hace falta continuar integrándonos. Los servicios públicos deben continuar siendo gestionados por los estados o, en nuestro caso, por las comunidades autónomas.

Los estados continúan teniendo su papel, pero es evidente que para competir en un mundo en el que el peso demográfico de Europa es cada vez menor, necesitamos compactarnos. Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, Europa era el 25% de la población mundial. Ahora nos encaminamos a ser el 5% durante las siguientes décadas. Si queremos proteger nuestra forma de vida, basada en las libertades, la democracia, el mercado y los derechos, necesitamos una carcasa potente y, sin duda, esa carcasa es la Unión Europea.

La guerra de Ucrania debería servir para acelerar esa integración, especialmente en materia de seguridad y política exterior. Si la pandemia fue un catalizador para integrarnos en materia económica, la guerra en Ucrania debería servir para integrarnos en materia de política exterior y de seguridad en un mundo, además, de alta competencia geopolítica y de una lógica de imperios, de grandes poderes en constante fricción y competición en el ámbito de la seguridad, y en los ámbitos económico y comercial, con grandes actores como Rusia, China y Estados Unidos.

2. Integrar a Ucrania sí o no.

Existen algunas propuestas como generar algún tipo de membresía de un grado diferente para los países que están en proceso de adhesión, especialmente pensando en Ucrania, pero también en los Balcanes. Se puede estudiar, pero yo creo que lo importante es ayudarles a generar este horizonte político sabiendo que hay unos criterios que tienen que cumplirse: de economía de mercado, de estabilidad económica y macroeconómica, pero también de democracia y derechos individuales, de estabilidad institucional, de lucha contra la corrupción y de separación de poderes, y hay camino que recorrer en este sentido.

3. Vuelta a la geopolítica.

Una invisible Unión Europea en búsqueda de su autonomía estratégica deberá construir un marco para aunar sus capacidades y alinear sus objetivos geoestratégicos, aprendiendo a asumir los costes de ello. El mundo ha dejado atrás el tiempo de las frivolidades: la inminente caída de Johnson es el mejor símbolo de ello. Los primeros en censurarlas serán los electores.

4. Cooperación. Cambio en la autocomprensión de Occidente.

El Reino Unido está para el desguace, y lo mismo cabe decir de EEUU. ¿De verdad hay que creerse que los planes para Occidente de la anglosfera son serios? ¿Pero con quién te has juntado, Biden? ¿Dónde está la fortaleza de la gran alternativa a la alianza euroatlántica?

Con el pacto del AUKUS Se formalizaba un nuevo cisma en Occidente, con París y Londres tirando hacia lados opuestos. Fue Boris J. quien creó el clima de sospecha incumpliendo lo pactado con el Brexit, jugando sucio con Europa en las disputas contractuales sobre las vacunas y finiquitando el *pacta sunt servanda* sobre el que gravita la llamada civilización occidental. Pero la ridícula “Gran Bretaña Global” de la que habla Boris J. solo es la muñeca de Estados Unidos. Dimitió como nación hermana del viejo continente y tiene otros compañeros de viaje: unos Estados Unidos que jamás lo mirará de tú a tú, y Australia, que está a más de 9.000 millas.

Nuestro otro desafío existencial, tras el disgusto y el ridículo de Afganistán, está en Ucrania, desde la que la Rusia de Putin se coloca en el centro geopolítico para despistar a Washington de su obsesión por China y ningunea deliberadamente a Europa, que no le sirve para fortalecer su estatus. Quiere un lugar en el centro del juego estratégico del siglo XXI, justo entre Estados Unidos y China. Pero tiene razón Michel Duclos, viejo diplomático francés, al decir que Europa tiene más cartas de las que piensa. No es solo que Pekín infravalore la importancia del mercado europeo, o que en nuestras relaciones comerciales con Moscú los triunfos estén en manos de la Unión: la alianza entre Rusia y China jamás tendrá la solidez de los lazos históricos que configuran el mundo euroatlántico como

bloque. Más le valdría a Biden reconstruir la relación y recuperar compañeros de viaje serios reconociendo nuestra dependencia mutua. Porque Occidente será un pacto euroatlántico renovado, sin vasallajes, o no será. Y sin Occidente, ¿qué será del mundo?

5. Reto demográfico.

Por cada país europeo que desaparece demográficamente, aparece un país africano. Estamos siendo testigos de una suerte de aceleración de la torsión de la historia. Tenemos una Europa cuya demografía está disminuyendo de manera preocupante –menos en Francia que en otros lugares–, tenemos países europeos donde hay movimientos de población muy preocupantes, por ejemplo, en Europa del Este. Y la demografía africana es muy importante. Todo esto crea una redefinición del mundo, de las capacidades económicas, de los destinos y, obviamente, viene también a alterar las relaciones transnacionales.

6. Trabajo en el campo de las ideas.

Hay un trabajo de ideas que hay que llevar a cabo, hay que reflexionar y dar nombre a las cosas. Soberanía europea o de autonomía estratégica. Hemos logrado que las cosas avancen. En Europa, estas ideas se han impuesto. La Europa de la Defensa, que creíamos impensable, la hicimos realidad. Estamos avanzando en el campo de la autonomía tecnológica y estratégica.

Así que, en primer lugar, hay un trabajo ideológico por hacer, y es urgente. Se trata de reflexionar sobre los términos de la soberanía y la autonomía estratégica europea para que podamos tener peso por nosotros mismos y no nos convirtamos en vasallos de tal o cual potencia sin voz ni voto.

7. Geopolítica.

Europa tiene muchos elementos impensados en términos geoestratégicos, nos habíamos olvidado de pensar, porque pensábamos nuestras relaciones geopolíticas a través de la OTAN. La vuelta de la geopolítica muestra que los mapas mandan. Es necesaria una lectura común del mundo y de nuestras intenciones, es un primer punto esencial.

8. Otras alianzas.

Ayudar a federalizar América Latina y África. La visita del alto representante de Política Exterior y Seguridad de la Unión Europea, Josep Borrell, a América Latina puso de manifiesto el inexplicable vacío que el club comunitario ha dejado en la región. En una entrevista para *El País*, Borrell declaró que las relaciones con esa región “no están en el radar de la UE”. Y así es. Su viaje era el primero de un alto representante de la Unión en nueve años. Mientras tanto, el vínculo con el continente se ha limitado a comunicados y sanciones de las diferentes instituciones de

la UE cuando se ha producido el deterioro del clima político, social o económico de alguno de los países latinoamericanos. Especialmente paradigmático es el caso de Venezuela, que acumula más resoluciones de la eurocámara que ningún otro país de la zona y que parece haber concentrado la atención de Europa –muchas veces enfangada por disputas partidistas– en Latinoamérica.

Este vacío ha sido aprovechado por China, cuya transformación en superpotencia puede medirse por el grado de penetración en el nuevo continente impulsado durante las últimas décadas. A lo largo de este periodo, las empresas chinas han invertido en el sector minero peruano, en las infraestructuras de energía y de transporte de Ecuador y Argentina, en la agricultura caribeña y en el sector industrial brasileño y mexicano.

Algunas de las economías de la región –especialmente Venezuela y Ecuador– se han sostenido gracias a créditos chinos. Actualmente, algunos de los países latinoamericanos tienen como principal socio comercial al gigante asiático y, durante la pandemia, casi todos ellos han administrado vacunas contra la COVID-19 procedentes de laboratorios chinos.

La crisis derivada de la pandemia ha servido a China para asumir un papel aún más importante allí. Pekín ha activado la “diplomacia de las mascarillas” (o la ruta de la seda de la salud, como la ha denominado) basada en el apoyo directo de equipación sanitaria por valor de 214 millones de dólares o donaciones de tecnología Huawei para luchar contra la COVID.

Al mismo tiempo, sin embargo, Europa sigue sin renovar dos acuerdos bilaterales con Chile y México. También la ratificación del tratado más importante de la UE con América Latina (UE-Mercosur) lleva 5 años paralizado mientras el comercio bilateral entre China y Latinoamérica se ha multiplicado por 26.

Pero el vínculo de Pekín con la región no solo se limita a esta intensa relación comercial y a incrementar su presencia en la zona con mayor cooperación económica y sanitaria.

Además de las varias reuniones en formato virtual entre los ministros de exteriores latinoamericanos y el titular chino de esa área en el marco del Foro China-Celac –creado en 2014 a iniciativa de Pekín–, su presidente Xi Jinping no solo ha mantenido un estrecho contacto con sus homólogos regionales durante la pandemia, sino que ha viajado durante las dos últimas décadas desarrollando giras por casi todos los países de Latinoamérica.

Europa, en cambio, la ha ignorado como socia estratégica pese a compartir valores y una misma visión sobre gobernanza democrática. El vacío que ha dejado la Unión en ese espacio regional es inexplicable, además de una carencia grave en el contexto de su autonomía estratégica. ■